

dor, deseando que, guiados ambos por la mano del Todopoderoso, conduzcáis esa gran nación al más alto grado de prosperidad y de bienestar.

»En el camino difícil y peligroso que has de seguir en adelante, conserva siempre por guía la confianza en el Ser Supremo y el deber de sacrificarlo todo por el emperador y por la Francia.

»Tales son los sentimientos de la reina y los consejos de tu afectísima

»ISABEL.»

Desde su advenimiento al trono, la emperatriz Eugenia no había omitido nada para mantener las relaciones más cordiales entre París y Madrid, y á la verdad estaba muy lejos de figurarse que había de llegar un día en que los asuntos de España fueran la causa indirecta de las catástrofes que ocasionaron la caída de la dinastía napoleónica. Lejos de tener semejantes presentimientos, volvía á ver con alegría su suelo natal.

El 19 de septiembre de 1857, S. M., acompañada de sus damas la condesa de Montebello y la vizcondesa de la Poeze, así como de la marquesa de Countades, se embarcaba en Biarritz, con su hermana la duquesa de Alba, á bordo del vapor *Coligny*. En el momento de llegar á San Sebastián empezaba á anochecer. Iluminóse la ciudad y resonaron aclamaciones. La primera visita de la emperatriz fué á la iglesia de Santa María, donde el órgano tocó la marcha real. En seguida pasó al ayuntamiento, que ocupa todo un lado de la Plaza Nueva, hermosa plaza rodeada de pórticos y de casas con balcones de hierro, construídas bajo un plan uniforme. Todas las autoridades la cumplieron; se la ofrecieron refrescos, y cuando se asomó al balcón del ayuntamiento, toda la población la saludó con gritos de entusiasmo. Volvió luego al puerto precedida por una música y hombres con antorchas. El *Goligny* estaba iluminado con luces de Bengala que reflejaban en la muchedumbre aglomerada en el muelle. La cubierta del barco estaba convertida en un elegante comedor. La travesía para el regreso á Biarritz fué sumamente agradable. Después de comer, se subió un piano á cubierta y se bailó á la claridad de la luna y de las estrellas. El mar estaba límpido y tranquilo como un lago.

Aquel mismo día - 17 de septiembre de 1857 - el emperador recibía en el campamento de Châlons la visita del duque de Cambridge, primo de la reina Victoria.

XII

EL CAMPAMENTO DE CHALONS

Napoleón III partió de París el 29 de agosto de 1857 para el campamento de Châlons. Acompañado de los generales Espinasse, de Faily, de Montebello y Fleury, sus ayudantes de campo, y del príncipe Joaquín Murat, su oficial de órdenes, llegó á las siete de la noche. Allí estaba reunida toda la guardia imperial: los tres regimientos de granaderos, los cuatro regimientos de fusileros, el de zuavos, el batallón de cazadores, los dos regimientos de artillería, uno de á pie y otro de á caballo, el escuadrón del tren de bagajes, los dos regimientos de coraceros, los lanceros de la emperatriz, los dragones y los guías, en total veintidós mil hombres y cinco mil caballos. El emperador tomó el mando á su llegada, y el general Regnaud de Saint-Jeán d'Angely, comandante en jefe de la guardia, quedó de jefe de Estado mayor general.

El campamento de Châlons era una creación reciente de Napoleón III: databa de 1856, época en que había encargado al general Fleury y al coronel de Castelnau que reconocieran el terreno, pusieran jalones para las barracas y designaran el sitio del gran cuartel imperial y general. Este terreno de maniobras, inmenso cuadrilátero en el que cien mil hombres pueden maniobrar con desahogo, es el mayor que existe en el mundo entero.

Se había elevado un pabellón para SS. MM. en el cual estaba el salón de servicio; á derecha é izquierda había dos pequeñas barracas destinadas á las damas de palacio; á la derecha de estas barracas un vasto salón y á la izquierda un comedor en el que cabían cien comensales. Las tiendas de los oficiales del cuarto militar del emperador estaban á derecha é izquierda en una calle detrás del pabellón imperial é iban á dar á las caballerizas; éstas estaban situadas en un pinar y tenían cabida para cien caballos de silla y de posta. Enfrente de estas caballerizas se hallaba el cuartel del escuadrón de los cien guardias con barracas y comedores para oficiales y soldados. Todo este conjunto de construcciones de tablas estaba dado de una capa de pintura uniforme. En ningún campamento de Europa había un cuartel imperial ó real-mejor organizado.

Jamás se encontraba Napoleón III más satisfecho que en medio de sus tropas y particularmente de su guardia: allí se sentía verdaderamente emperador, *Imperator*. Siempre había tenido pasión por las cosas militares, y se creía dotado de conocimientos de táctico, de aptitudes de general en jefe. Como tuvo un

gran disgusto por no haber podido estar en los campos de batalla de Crimea, se proponía tomar el desquite. Cuando hacía maniobrar á su guardia en el campamento de Châlons, se prometía conducirla en breve á la victoria. Quería á sus soldados y era querido de ellos. Sabía hablarles en el lenguaje que les convenía, y se mostraba con ellos benévolo y bondadoso. «Muy inclinado á estimular los inventos, ha dicho el general Fleury, se ocupaba sin cesar en el modo de mejorar la higiene y la alimentación del soldado, y no contento con preguntar á los coroneles los resultados obtenidos, ya acerca de un nuevo calzado, ya de un cambio en el uniforme, consultaba la opinión de los soldados de guardia, á quienes interrogaba aisladamente. Su solicitud era constante, paternal; su generosidad sin límites. ¡Cuántos oficiales de toda categoría le deben el bienestar de su familia! ¡Cuántos infortunios aliviados en esas audiencias siempre concedidas!»

Napoleón III se encontraba á su gusto en un campamento. Parecía mucho mejor á caballo que á pie porque tenía el busto largo y las piernas cortas, y era excelente jinete. Llevaba muy bien el uniforme y presentaba arrogante porte al frente de las tropas.

He aquí la orden del día que el emperador dirigió á su guardia á su llegada: «Soldados: os he reunido aquí bajo mi mando porque es útil que el ejército adquiera en la vida común de los campamentos el mismo espíritu, la misma disciplina, la misma subordinación. La guardia, á fuer de cuerpo escogido, debe ser la primera el mantenerse, merced á esfuerzos constantes, en el puesto que le señalan sus antiguas tradiciones y sus servicios recientes en los campos de batalla. Los romanos, dice Montesquieu, consideraban la paz como un ejercicio, la guerra como una aplicación, y en efecto, los triunfos alcanzados por ejércitos bisonños no son por lo general más que la aplicación de serios estudios hechos durante la paz.»

La orden del día terminaba con estos consejos dados á jefes y soldados: «Recomiendo á los unos una severidad paternal, á los otros una obediencia necesaria, á todos buena voluntad y la observación rigurosa del porte, porque el porte es el respeto del uniforme y el uniforme el emblema de esa noble profesión de abnegación y desinterés de que debéis estar orgullosos. No olvidemos que todo signo característico del ejército, empezando por la bandera, representa una idea moral y que vuestro deber es honrarla. Este campamento no será, pues, un vano espectáculo ofrecido á la curiosidad del público, sino una escuela formal que sabremos hacer provechosa mediante trabajos constantes y cuyos resultados serán evidentes el día en que la patria tenga necesidad de vosotros.»

El campamento de Châlons tenía cierto aire de fiesta. La presencia de un soberano á la sazón lleno de prestigio, era para las tropas contentas, sanas, orgullosas de sí mismas, un honor y un estímulo. La riqueza y la variedad de los uniformes, el recuerdo de las recientes proezas de la guardia en Crimea, el en-

tusiasmo excitado por las cosas militares en todas las clases de la sociedad francesa, el hermoso aspecto de las tropas, su perfecta disciplina, sus excelentes músicas, las comidas del gran cuartel imperial, en las que todos los generales, oficiales superiores y oficiales más antiguos de cada grado eran invitados alternativamente á la mesa del emperador, la afabilidad de éste, que después de la comida de sesenta á ochenta cubiertos, mañana y tarde, hablaba familiarmente con sus convidados, las proporciones inmensas de un terreno de maniobras sin rival, todo contribuía á dar á esa inauguración del campamento de Châlons un encanto y un atractivo excepcionales.

Napoleón III desplegaba gran actividad. Montaba á caballo todos los días, presenciaba todos los ejercicios parciales, visitaba las cercanías tan ricas en recuerdos históricos y dejaba en todos los pueblos por los que pasaba pruebas de su munificencia. Una multitud de campesinos, llegados de diez y quince leguas en contorno, se estacionaba días enteros delante del cuartel imperial, y se marchaban contentos cuando habían visto al emperador. Todos los servicios funcionaban con regularidad perfecta. El campamento presentaba un golpe de vista admirable. La guardia hacía gala de esa precisión, de esa seguridad en las maniobras que debía ofrecer por ejemplo á todo el ejército.

Las pompas religiosas se mezclaban con las solemnidades militares. El 5 de septiembre, el cardenal-arzobispo de Reims fué á visitar al monarca y pasó todo el día en el campamento. El 13, monseñor Honoré, coadjutor del obispo de Châlons, celebró una misa de campaña en un altar levantado al aire libre. En el momento de la elevación de la hostia tocaron clarines y tambores. Nada más grandioso que este homenaje al Dios de los ejércitos.

El 18 de septiembre el emperador recibió en el campamento dos huéspedes ilustres, dos ingleses que habían tomado una parte gloriosa en la guerra de Crimea, el duque de Cambridge, primo de la reina Victoria, y lord Cárdigan, héroe de la famosa carga de Balaclava. El duque de Cambridge iba acompañado por tres ayudantes de campo: lord Burghersh, el coronel Clifton y el coronel Mande. Para honrar al primo de S. M. Británica el emperador envió á recibirle á la estación de Mourmelon al general Fleury y á dos piquetes de los cien guardias, que le escoltaron hasta el cuartel imperial. En todo el trayecto había una doble fila de soldados de caballería.

Luego Napoleón III y el duque de Cambridge recorrieron juntos todo el campamento. El príncipe, de cuyo arrojó se tenía noticia, era objeto de simpáticas demostraciones por parte de las tropas, que recordaban los combates de Alma, Inkermann y Balaclava, y veían con gusto los uniformes encarnados de sus antiguos compañeros de armas.

El 18 de septiembre, el duque de Cambridge y lord Cárdigan asistieron á las maniobras que, como las anteriores, fueron mandadas por el emperador en persona.

El domingo 20 se celebró la misa de una manera más solemne aún que de

costumbre. Las tropas vestidas de gala y formadas alrededor del altar, la caballería á caballo y la artillería con las piezas enganchadas, presentaban un aspecto magnífico. Terminada la misa, toda la guardia imperial desfiló por delante del emperador y del príncipe inglés, en medio de una gran muchedumbre de curiosos que habían acudido de los pueblos comarcanos y hasta de París.

El 22, el duque se despidió del monarca, que le acompañó hasta la estación de Mourmelon. Por espacio de cinco días, el primo de la reina Victoria había sido colmado de atenciones y de finezas. Había asistido á grandes maniobras, á ejercicios de tiro, á opíparas comidas, á funciones en un teatro improvisado: había sido festejado, obsequiado, aclamado: el emperador no hubiera recibido mejor á un monarca.

Para dispensar al príncipe inglés tan brillante acogida, Napoleón III tenía una razón especial. Al marchar del campamento de Châlons, debía ir á Stuttgart para tener allí una entrevista con el emperador de Rusia, que no dejaría de despertar recelos y desconfianzas á Inglaterra. Al prodigar toda clase de atenciones al primo de la reina, había querido demostrar que una alianza rusa no destruiría la alianza inglesa.

El emperador partió para Stuttgart el 23 de septiembre después de pasar cerca de un mes en el campamento de Châlons. Durante su viaje, debía detenerse en Luneville, Estrasburgo y Baden.

XIII

ESTRASBURGO Y BADEN

La capital de Wurtemberg era un sitio acertadamente escogido para una entrevista entre el emperador de los franceses y el tsar. Alejandro II manifestaba vivo interés á los soberanos de los Estados secundarios de Alemania, considerándolos como amigos y clientes. El emperador Nicolás, padre de Alejandro II, era hijo de una princesa de Wurtemberg, y este lazo de familia había establecido entre Stuttgart y San Petersburgo relaciones amistosas, cuyo carácter fué siempre muy íntimo. Por otra parte, el duque Federico de Wurtemberg debió á Napoleón I, como resultado de la victoria de Austerlitz, la corona real y un engrandecimiento considerable de sus Estados. Jerónimo Bonaparte, el antiguo rey de Westfalia, casado con la hija del rey Federico, resultaba ser cuñado del hijo y sucesor de este monarca, el rey Guillermo.

Puede decirse que la entrevista de Stuttgart estaba preparada hacía un año. Al ir á dicha ciudad, Napoleón III devolvía al rey de Wurtemberg la visita que este príncipe le había hecho en París en 1856. El rey Guillermo había salido de las Tullerías encantado de la acogida de Napoleón III, y se felicitaba de poder hacerle á su vez los honores de su capital. Añadamos que la princesa Matilde había ido á Stuttgart en 1856 para felicitar por su santo al rey su tío. Su belleza, su gracia, su talento habían causado allí la mejor impresión, y su permanencia, que debía ser muy corta, se prolongó por invitación expresa del soberano. No olvidemos tampoco que una de las mejores amigas de Napoleón, la reina de Holanda, era hija del rey de Wurtemberg, que la quería mucho y la veía á menudo. Todas estas influencias y todos estos recuerdos reunidos aseguraban al emperador, por parte de Wurtemberg y de su soberano, la acogida más simpática y más solícita. Alemania entera, á excepción tal vez de los Estados alemanes de Austria, veía favorablemente un viaje que, desde Estrasburgo hasta Stuttgart, no fué más que una serie de ovaciones.

En la mañana del 24 de septiembre de 1857, Napoleón III pasó revista en Luneville á la división de caballería. A las tres llegaba á Estrasburgo acompañado de dos de sus ayudantes de campo, los generales de Faily y Fleury, y del príncipe Joaquín Murat, su oficial de órdenes. Las autoridades, los diputados del departamento y el vizconde de Sevre, ministro de Francia en Carlsruhe, le recibieron en la estación, que estaba magníficamente adornada. Las señoras de

la ciudad, colocadas en un gran tablado, arrojaron una lluvia de flores al paso del monarca. A la entrada de la calle de la estación había un arco de triunfo lleno de emblemas y rematado en un águila imperial. Las casas particulares y los edificios públicos estaban engalanados con banderas y guirnaldas que rodeaban el escudo del emperador. Después de atravesar el salón de recepción, Napoleón III encontró reunidos en el patio del embarcadero á los alcaldes de todos los pueblos del departamento, que le recibieron con aclamaciones. Ninguna provincia de su imperio le era más adicta que la Alsacia. Dirigió la palabra á muchos alcaldes y les encargó que expresaran á los pueblos por ellos representados lo mucho que agradecía las pruebas de confianza y de simpatía que le daban en todas las circunstancias. Al salir de la estación, el emperador montó á caballo para ir con su comitiva al palacio de la prefectura, donde tenía preparado alojamiento. Detúvose en la plaza Kléber y pasó revista á las tropas de la guarnición, que le saludaron con clamorosos vivas. En la prefectura recibió á las autoridades, y á las cinco de la tarde se presentó allí el gran duque de Baden.

El gran duque era á la sazón Federico Guillermo Luis, nacido en 1826 y casado en 1856 con una hija del príncipe de Prusia, el futuro emperador Guillermo. Éste no había dejado de contar á su yerno cuán complacido había quedado de la acogida que se le hizo en las Tullerías á fines de 1856. El gran duque también había sido huésped de Napoleón III en 1855 y se felicitó vivamente de las atenciones de que fué objeto. En fin, la gran duquesa viuda de Baden, Estefanía de Beauharnais, que desde la muerte de su esposo el gran duque Carlos Luis Federico no había dejado de habitar en el gran ducado, hacía toda clase de esfuerzos por establecer entre Francia y Alemania relaciones duraderas de buena vecindad y de amistad.

El vizconde de Sevre, ministro de Francia en Carlsruhe, escribía el 15 de septiembre de 1857: «En el caso en que el emperador pasara por el territorio badense, el gran duque se apresuraría con gran solicitud á aprovechar esta ocasión para atestiguar á S. M. los sentimientos de respetuosa amistad y de profunda gratitud que le inspiró hace dos años la benévola y amistosa acogida con que se le recibió en la corte imperial. En esta hipótesis, el gran duque esperaba que el emperador, deteniéndose en Manheim ó en Baden, tuviera á bien alojarse en el palacio de Manheim ó en el castillo de Baden, y S. A. R. vería colmados sus deseos si, al pasar por Carlsruhe, el emperador se dignara detenerse y aceptar la hospitalidad que tendría una satisfacción en ofrecerle.»

Llegado á Estrasburgo, el gran duque cumplimentó al emperador y obtuvo la promesa de que S. M. almorzaría con él en Baden al día siguiente.

Por la noche el emperador comió en la prefectura con los prefectos del Bajo Rhin y del Alto Rhin, los obispos de Estrasburgo y Mulhouse, los generales, los alcaldes y los diputados. En seguida fué al teatro, y así en él como en los alrededores se le recibió con aclamaciones. Las casas particulares, la torre de la catedral y los edificios públicos estaban iluminados.

Entre la ciudad de Estrasburgo y el gran ducado de Baden mediaban entonces relaciones de buena vecindad. Los habitantes de las dos orillas del Rhin no se demostraban ningún sentimiento de desconfianza ó de animosidad. La sociedad elegante de París había adoptado á Baden como uno de sus puntos de reunión predilectos. La boga de esta ciudad, que existía ya en el reinado de Luis Felipe, había aumentado durante el de Napoleón III.

Alsacianos y badenses cruzaban de continuo el puente de Kehl y no se hacían sombra. Estos, desde la azotea de la catedral de Estrasburgo, contemplaban sin envidia las verdes campiñas del gran ducado. Aquellos veían sin recelo á los pontoneros franceses hacer sus evoluciones en el Rhin, río que tan á menudo arrastró oleadas de sangre. Las antiguas rencillas y los viejos rencores parecían apaciguados. Napoleón III, que en su infancia y en su juventud vivió en el castillo de Arenenberg, en Suiza, en la frontera del gran ducado de Baden, había ido á menudo á Constanza y tenía en Baden muchos amigos. Su advenimiento al trono causó viva satisfacción en aquel país, donde era tan querido.

El emperador salió de Estrasburgo á las ocho de la mañana del 25 de septiembre para ir á Stuttgart. En la orilla alemana del Rhin había salido á su encuentro una gran muchedumbre. La ciudad de Kehl estaba engalanada con banderas badenses y francesas. Napoleón III llegó á Baden á las diez, siendo recibido en la estación por el gran duque, la gran duquesa Estefanía y el príncipe de Prusia. Acompañado por ellos, se dirigió en carretela descubierta al palacio, donde almorzó con la familia gran-ducal y el futuro emperador Guillermo. Cuando salió de palacio, el gran duque le hizo reparar en una compañía de guardias que había conservado la bandera que tenía en tiempo del primer Imperio, cuando los badenses eran hermanos de armas de los franceses.

El emperador salió de Baden á la una y media. En todo el camino hasta Stuttgart recibió testimonios de solicitud y simpatías de los pueblos germánicos. En Rastadt, fortaleza federal construída en otro tiempo en desconfianza de Francia, los habitantes de la ciudad salieron á su encuentro para aclamarle. En la estación había formados destacamentos de la guarnición federal, y los soldados se habían adornado los shakós y las gorras con verdes ramas como para una fiesta. La música de uno de los regimientos tocaba la pieza *Reina Hortensia*. La artillería de los baluartes hacía salvas. Napoleón III fué cumplimentado en Rastadt por SS. AA. gran-ducales Guillermo y Maximiliano, por el gobernador de la fortaleza y por el ministro de la Guerra del gran ducado de Baden. El gran duque y el príncipe de Prusia no se separaron de él hasta llegar á Carlsruhe, y la gran duquesa quiso acompañarle hasta Bruschsals, punto de enlace de los ferrocarriles del gran ducado y los de Wurtemberg.

XIV

LA ENTREVISTA DE STUTTGART

Stuttgart, con sus ciento cuarenta mil habitantes, sus palacios y sus construcciones modernas, su situación pintoresca, su verde ceñidor de colinas pobladas de arboleda y de colinas cubiertas de viñas, es una de las ciudades más bonitas de Alemania; era un punto perfectamente escogido para la entrevista de los dos emperadores. El jueves 24 de septiembre de 1857, el tsar llega á dicha capital sin la emperatriz y se instala en la quinta de su cuñado el príncipe real, bonita residencia situada á dos kilómetros de la ciudad. Napoleón III entró al día siguiente en Stuttgart á las cuatro y media de la tarde. El rey y los príncipes de la familia real le esperaban en la estación y le llevaron á palacio, adonde el emperador Alejandro II acudió á visitarlo.

Napoleón III come con el rey y la reina, y luego va á la quinta del príncipe real, en compañía de SS. MM., de los príncipes y de las princesas, para acabar de pasar la velada. La gran avenida que va á parar á ella está brillantemente iluminada. Cuantas personas ejercen algún cargo en la corte, todos los ministros, todo el cuerpo diplomático, están allí reunidos. El tsar ha llevado en su compañía al príncipe Gortchakoff, su ministro de Negocios extranjeros; al conde Adlerberg I, intendente de su palacio; al conde Adlerberg II, su ayudante de campo general; al general conde Kisseleff, su embajador en París, y al conde Tolstoi, su caballerizo. Acompañaban á Napoleón III su ministro de Negocios extranjeros el conde Walewski, su nuevo embajador en San Petersburgo conde de Rayneval, sus ayudantes de campo los generales conde de Faily y Fleury, y su oficial de órdenes el príncipe Joaquín Murat.

Napoleón III va por la mañana del sábado 26 á devolver la visita al emperador en la quinta del príncipe real.

Aquel día recibe una buena noticia: la emperatriz de Rusia acaba de llegar á Stuttgart. Como la emperatriz Eugenia no había ido, Alejandro II decidió en un principio que tampoco fuera la tsarina, y ésta se quedó cerca de allí. Pero el tsar estaba tan satisfecho de sus primeras conversaciones con Napoleón III, que, mudando de parecer, envió á decir á su esposa que fuese inmediatamente á Stuttgart. Llegó efectivamente en la noche del 26 con la reina Amelia de Grecia, hija del gran duque Pablo Federico Augusto de Oldenburgo y mujer del rey Otón.

Al saber que la tsarina acababa de llegar á Stuttgart, el emperador de los franceses salió del castillo de Walhelma, se apresuró á ir á la quinta del príncipe real donde se había alojado y le ofreció sus respetos. En seguida volvió al castillo de Walhelma, donde pasó la velada con SS. MM. wurtemberguesas.

En Stuttgart se hallaban reunidos dos emperadores, una emperatriz, un rey y tres reinas, sin contar las altezas imperiales ó reales. Napoleón III estaba á su gusto en medio de aquella brillante pléyade. Un testigo de la entrevista nos lo presenta tranquilo como siempre, afrontando animosamente las seducciones desplegadas contra él, agradecido en extremo á las atenciones de que se veía colmado, pero nada infatuado. «Era cosa propia del emperador, añade el general, no parecer jamás maravillado de su sorprendente fortuna. Parecía un monarca vuelto del destierro, que continuaba su reinado comenzado.»

El lunes 28 de septiembre, el tsar almuerza con el emperador en la quinta del príncipe real. Para que los dos monarcas puedan hablar con toda libertad, el príncipe no ha convidado á nadie más que á ellos y á su padre.

El 28 de septiembre es un aniversario. Hace cuarenta años día por día que Napoleón I y Alejandro I tuvieron una entrevista en Erfurt.

Después de almorzar, el príncipe real deja á sus dos augustos convidados solos en su gabinete. Según las confidencias hechas por el príncipe real á M. Gustavo Rothán, secretario de la legación de Francia en Stuttgart, cuando la entrevista, he aquí lo que pasó el 28 de septiembre de 1857 entre los dos soberanos.

La conversación duró más de una hora, habiéndose establecido la intimidad desde los primeros momentos. «Después de empezar con alguna frialdad, ha dicho M. Rothán en la *Revista de Ambos Mundos* del 31 de diciembre de 1888, se separaron con semblante alegre, casi radiante, pues la razón de Estado había prevalecido sobre las prevenciones. Los emperadores habían ratificado el protocolo redactado por sus ministros. Se prometieron no emprender nada sin concertarse y sostenerse mutua y lealmente por la acción de su diplomacia, tanto en Oriente si llegaban á surgir allí complicaciones, cuanto en Italia si estallaba una cuestión entre Francia y Austria. En esta última eventualidad, Rusia nos prometía desde luego su neutralidad simpática, y si sobrevenía la guerra, nos ofrecía, sin comprometerse materialmente, concentrar ciento cincuenta mil hombres en las fronteras de Galitzia: se llegó hasta á prever una alianza eventual.»

Alejandro II se marchó de Stuttgart aquel mismo día, y Napoleón III al siguiente. Los dos emperadores parecían muy contentos uno de otro al separarse, y las personas de su comitiva decían que la entrevista había dado un buen resultado.

El martes 29 de septiembre, Napoleón III salió de Stuttgart á las ocho y media de la mañana, después de haber dado las más expresivas gracias al rey por sus atenciones. Entre dos filas, formada la una por la tropa de línea y la otra por la caballería de la guardia real, se encaminó á la estación, adornada,

como el día de su llegada, con banderas francesas y wurtemberguesas. En el momento de subir al tren, le saludaron los príncipes y los altos dignatarios de la corte. El príncipe real llevaba el gran cordón de la Legión de Honor que el emperador le había entregado. No parecía sino que se había vuelto á la época de Tilsitt y de la Confederación del Rhin.

XV

CONSECUENCIAS DE LA ENTREVISTA

La entrevista de Stuttgart causó al gobierno austriaco los recelos más vivos y justificados. El emperador Francisco José procuró tranquilizarse celebrando á su vez una entrevista con el emperador Alejandro II. El tsar había salido de Stuttgart el 28 de septiembre de 1857, y el 1.º de octubre tuvo en Weimar una conferencia con el monarca austriaco. Le acompañaba el príncipe Gortchakoff, su ministro de Negocios extranjeros; pero el emperador Francisco José cuidó de no llevar consigo al conde Buol, su ministro de Negocios extranjeros, cuya actitud durante la guerra de Crimea y en el Congreso de París había desagradado profundamente al gobierno ruso.

Francisco José llegó á Weimar el 1.º de octubre. Alejandro II, que llevaba el uniforme de húsar austriaco, le aguardaba en lo alto de la escalera del palacio gran ducal. Los dos soberanos se abrazaron, tuvieron una larga conversación sin testigos y por la noche asistieron á una representación del *Tanhauser* de Wágner, dirigida por Liszt. Al otro día el emperador de Austria salía de Weimar á las siete de la mañana para ir á Dresde, y el tsar partía una hora después.

El vizconde de Melvizes, ministro de Francia en Weimar, escribía el mismo día al conde Walewski: «Austria ha deseado la entrevista, Rusia la ha aceptado y el gran duque la ha facilitado, poniendo su palacio á disposición de los dos emperadores. En cuanto á la entrevista en sí, aunque, según se me asegura, ha reinado cierta intimidad entre los dos monarcas en sus dos ó tres conversaciones, no parece, á juzgar por las apariencias, que haya producido una inteligencia positiva entre ambos. Durante todo el tiempo que he podido observarlos en palacio, no se han dicho nada, y el modo como se han marchado ambos de Weimar, con una hora de diferencia y eso que debían seguir el mismo camino, parece indicar que la entrevista no les ha inspirado deseos de estar más tiempo reunidos. El gran mariscal me ha contado que en el momento en que los dos emperadores se han vuelto á ver por última vez, Alejandro II tenía una expresión de gravedad triste que llamó la atención. Se ha observado que durante la comida y en el teatro la actitud del emperador de Austria, impregnada de cierto embarazo que tal vez le sea habitual, no ha cesado de ser seria. En cambio, el emperador Alejandro parecía muy contento. Ambos monarcas se han despe-